

PÁGINA FEMENINA. EN LA MUERTE DE LA REINA DOÑA MARÍA CRISTINA **Margarita Soldevila Puente**

La mujer española rinde homenaje de cariño a las virtudes de la Soberana

¡Reina y Señora fallecida, que tan calladamente dejaste el Alcázar de tus amores trocándole por el eterno...! Deja que la mujer española eleve un canto de gratitud y cariño a tus virtudes sin tacha de cristiana ferviente; un homenaje sentido y cordial a la madre ejemplarísima, dulce y abnegada como pocas; una oración fervorosa y dolorida por el eterno descanso de tu alma, que tantas veces lloró nuestras desventuras y alentó nuestras horas tristes.

Nos quedas el precioso legado de tu vida intachable; como Reina, como educadora, como madre; y el mejor panegírico de tus méritos lo constituye ese nobilísimo corazón de Rey creyente que supiste moldear al calor de tus virtudes, donde fuiste esculpiendo, como en blanda cera, las grandezas de tu cristiano corazón, noble, magnánimo, sufrido...

Las diversas y grandísimas amarguras por las que atravesó tu alma cristiana dieron nuevos bríos a tu espíritu, que fue purificándose en el sufrimiento como el oro en el crisol, y hallándole sin duda el Creador muy maduro para el cielo, te llevó de nuestro destierro, donde tantas lágrimas habrás derramado para premiar esas virtudes heroicas y escondidas que perfumaron tu existencia y cuyo perfume, aspirado por nuestro Rey en tu regazo materno, son el mejor legado que a tu nación pudiste dejar.

Dios te colme de gloria, noble Reina, que tan callada y sufridamente como viniste nos dejaste. La más humilde, tal vez, de las mujeres de tu reino quisiera, en nombre de todas las mujeres españolas, poner sobre tu tumba una corona inmarcesible, formada con las bendiciones y lágrimas de los huérfanos, de los necesitados, de los afligidos a quienes consolaste..., de los menesterosos a quienes con pródiga mano socorraste... Aún calientes tus regios despojos, anonadado por el dolor, sigue el hijo de tus amores dando pruebas magnánimas de su fe. "Su primer telegrama fue dirigido al Padre Santo pidiéndole una oración por el alma de su madre." ¡Cómo le enseñaste, Señora egregia, donde hay que mirar cuando los ojos se nublan de lágrimas y son nulos los consuelos humanos!

Después el cuadro sublime y conmovedor de una familia amante y dolorida postrándose repetidas veces cabe los restos queridos para sufragar esa alma con la españolísima, cristiana, devoción del Rosario bendito, que nos hizo vencer tantas veces.

Desde las alturas, la dulce Reina sonríe; su pueblo dolorido solloza y reza mientras los ámbitos de todas las iglesias españolas repiten el eco consolador de las eternas palabras: "El que cree en Mí, aunque haya muerte, vivirá...".

(Artículo publicado en *Correo Extremeño*, 10 de febrero de 1929, página 8)